

K.M. Fierke (2013). *Political Self-Sacrifice: Agency, Body and Emotion in International Relations*. Cambridge: Cambridge University Press, 281 pp.

MAŁGORZATA LANGE

Pontificia Universidad Católica de Chile
CONICYT

“The self-sacrifice communicates ‘I am sovereign’, even in the face of death” (p. 235)

En la historia de las relaciones internacionales numerosos individuos y comunidades ‘han caído por las fisuras’ del sistema de los estados soberanos, perdiendo así su independencia (p. 15). En el caso de algunos de estos grupos unidos por la historia, pero sobre todo por la percepción compartida de la ocupación foránea y la emoción de la humillación, el acto individual y voluntario de la muerte se ha convertido en el camino hacia el reconocimiento de la identidad y la autonomía de una comunidad. Cuando la destrucción del cuerpo de un individuo ha tenido la capacidad de adquirir dimensiones simbólicas y colectivas, el autosacrificio se ha transformado en un acto político testimonial y de contestación.

Las teorías tradicionales y racionalistas de las relaciones internacionales no entregan el marco teórico y analítico satisfactorio para abordar la relevancia política de estos casos. Por una parte, la mirada dominante de la disciplina se caracteriza por las fronteras bastante rígidas entre los tres niveles del análisis (Waltz, 1959) otorgándole al individuo una posición subordinada al juego entre los Estados en el sistema anárquico. Las bases del orden doméstico e internacional, aún frente el régimen internacional de los derechos humanos, conceden a los Estados soberanos el derecho a usar legítimamente la violencia, doblegando formalmente la soberanía individual cuando las dos colisionan. Por otro lado, los actos de muerte voluntaria son marginados, en tanto manifestaciones políticas, en las ecuaciones teóricas a partir de las restricciones del *rational choice*; desde este punto de vista es incomprensible que un individuo racional actúe deliberadamente con la determinación de perder la vida. Por último, aun cuando esté tomada en cuenta, la muerte voluntaria es a menudo criminalizada como terrorista cuando atenta a la vez contra la vida de los terceros o desprovista de su posible dimensión simbólico-colectiva al considerarla como el acto solitario del suicidio.

Frente a ello, Karin Fierke observa que hay una lógica muy concreta que une a los casos de las huelgas del hambre en Irlanda del Norte con el martirio no violento en Polonia y la autoinmolación en Vietnam y los Estados Unidos. ¿Cómo interpretarlos? Según el análisis de la autora, estos son casos de autosacrificio político y no meras irrupciones individuales de irracionalidad. La tesis de Fierke, apoyada en adelante mediante el rastreo

del proceso (*process tracing*) en los tres casos, es que la racionalidad, el autointerés y el autosacrificio pueden ser radicalmente distintos allí donde la soberanía ha sido arrebatada y la identidad de una comunidad enfrenta una amenaza existencial. Aquí no se trata del modelo de la estructura internacional basada en el supuesto de la racionalidad de los Estados que persiguen su supervivencia, sino del descubrimiento del poder de la agencia del cuerpo que sufre e incluso muere en el ámbito de las relaciones internacionales.

El marco analítico aplicado por la autora, nutrido por una muy rica tradición antropológica, filosófica y de la filosofía del lenguaje, permite sortear las limitaciones que presentan las corrientes tradicionales sin perder la valiosa capacidad de dialogar con ellas. Así Fierke analiza el autosacrificio político como un acto perlocutivo (*perlocutionary act*), el acto del habla donde el cuerpo comunica el mensaje mediante el espectáculo de la muerte a varias audiencias a través de los códigos de significado reconocidos por ellas, logrando así transformar las emociones, modificar las actitudes de los espectadores y generar el cambio de posturas. Del espacio compartido de los significados entonces dependerá si el acto de la muerte tendrá la lectura del suicidio, del acto criminal o del martirio.

En un marco más amplio, Fierke vincula el acto comunicativo con la metáfora del juego, donde los participantes actúan según las reglas en concreto para poder diseñar la estrategia y dar cada siguiente paso. Por ejemplo, el juego de ajedrez lo es en virtud de las reglas atribuidas a los movimientos y el significado de las piezas materiales en el tablero. En cuanto a la relación del soberano con la comunidad ocupada por un poder que considera foráneo, tenemos que considerar tanto el juego dominante y como el juego subordinado. En base a una relación dialéctica, para que exista el juego subordinado, sus jugadores deben necesariamente conocer las reglas del juego dominador para poder contestarlo. El juego del autosacrificio político, suicidio o terrorismo tiene las reglas del juego distintas aunque el sujeto material –el cuerpo que muere– sea el mismo. El juego dominante y subordinado existen en un conflicto permanente, donde el primero de los jugadores –el soberano– busca mantener el *statu quo* y el jugador subordinado actúa con el objetivo de negar la legitimidad de las reglas soberanas. El autosacrificio en el contexto de la dominación es parte de la estrategia de la contestación política cuyo objetivo es cambiar las reglas del juego impuestas por el poder soberano actuando ‘como si’ (*as if*) la comunidad representada por el cuerpo del mártir fuese libre (p. 72).

Fierke elabora su propio modelo teórico según el cual la tensión entre las reglas del juego competitivas puede generarla la dinámica del juego del “dilema del guardián” (*warden’s dilemma*) –que es una variación del dilema del prisionero (*prisoner’s dilemma*) (p. 66) central para la teoría neorrealista. Mientras que en el caso del último se trata del dilema que enfrentan los prisioneros en la condición de paridad (que constituye la reproducción de la condición de anarquía en el espacio internacional), el dilema del guardián resulta de la condición formalmente jerárquica entre la estructura que impone las reglas y la antiestructura que, debiendo obedecer, las impugna. La gran contribución de este modelo es que constituye una matriz para el análisis empírico de los diversos casos de poderes no simétricos, potencialmente no solo del autosacrificio, que generan una estructura de la elección (*choice structure*) particular disponible para el guardián y el prisionero. El juego muestra que el cautiverio aún sigue siendo un espacio de agencia autónoma con el poder de revertir la asimetría y deslegitimar al

soberano tanto a nivel doméstico como internacional. En el marco del juego, los prisioneros tienen principalmente tres opciones: pueden obedecer (en este caso no puede haber un autosacrificio), pueden responder con la violencia (reafirmando su condición criminal) o negarse a obedecer las reglas aún frente a la inminencia de las consecuencias más extremas. La radicalidad de este juego, en comparación con el dilema del prisionero, radica en que los subordinados en la actitud no conformista están dispuestos a perder la vida en nombre de la causa de manera activa (autoinmolación o huelga del hambre) o pasiva (el martirio voluntario a manos de terceros). A través de los casos, Fierke muestra que frente al desafío a sus reglas del juego el guardián tiene dos opciones. Primero es entablar el diálogo con los representantes de la antiestructura, lo que ya constituye el cambio de las reglas del juego dominante; y la segunda (y la prevaleciente) es responder aún con mayor violencia en contra de la resistencia, lo que puede revertir la matriz del significado transformando al soberano en un criminal deslegitimado y al criminal en un mártir que con su muerte da testimonio de su soberanía (p. 74). El mensaje del autosacrificio tiene el mayor poder de comunicar cuando trasciende los planos de diversos públicos, logrando causar efectos emocionales importantes.

La principal contribución del libro es que vuelve a los temas fundacionales de las relaciones internacionales, tales como la soberanía, la violencia, la legitimidad, la agencia política, el orden, o el poder, pero les da una nueva perspectiva que establece la multidireccionalidad en el eje horizontal entre la dimensión internacional, estatal e individual –primordial en la política global–. Junto con ello, lo que representa sin lugar a dudas una contribución destacable al desarrollo de la disciplina y a los debates en curso, es el énfasis puesto acerca del rol del cuerpo y las emociones en la política internacional. El cuerpo de ‘carne y hueso’ es la materia prima del acto de autosacrificio político en las condiciones de la disparidad del poder (p. 62) que toma forma concreta cuando mediante su destrucción física adquiere dimensiones simbólicas despertando y generando la densidad emocional lo suficientemente “pegajosa” (*sticky*) para evocar y adherirse al imaginario y la estructura del significado de los públicos. La muerte violenta del cuerpo es un acto de testimonio de la verdad y la injusticia de una comunidad, donde el individuo (el mártir) escoge el sufrimiento, destruye o deja destruir su cuerpo para testificar un compromiso total con la causa. El cuerpo individual simbólicamente se sobrepone al cuerpo político (*body politic*) del soberano quien subyuga y, al mismo tiempo, al morir construye los fundamentos de un futuro cuerpo político de la comunidad que hoy carece de él. El poder del autosacrificio emana de sus aspectos performativos (p. 84). La agencia política del mártir deviene del acto de la contestación y se sustenta en la materialidad aniquilada del humano.

Según la autora, las emociones existen en paralelo a la racionalidad, siendo una forma del juicio evaluativo (p. 91). En concreto, son manifestaciones socialmente significativas, cuya forma expresiva depende del contexto cultural, histórico e institucional. La emoción de la humillación, la más fuerte y propia a la condición de la ocupación foránea, dependiendo del contexto tendrá manifestaciones distintas. Así, en el contexto del *ethos* del martirio en Polonia el autosacrificio, tomó forma de la resistencia no violenta allá donde el mártir no atentó por sí solo contra su cuerpo, sino que actuó de acuerdo con sus convicciones,

aún sabiendo que iba a ser asesinado. En cambio, en Vietnam la tradición del budismo mahāyāna dio origen a los actos de autoinmolación, mientras que en Irlanda del Norte la no conformidad se manifestó, sustentada por la historia, a través de las huelgas del hambre y las muertes por la inanición.

Si bien es cierto que los tres casos centrales del libro son casos históricos unidos por el tipo del autosacrificio que no contempla la simultánea muerte de terceros, el marco del análisis le permite a Fierke referirse también a otra categoría de los autosacrificios que prevalecen en la actualidad, despertando la mayor controversia y emociones del público global. Se trata de los casos de autosacrificio defensivo descritos comúnmente como el terrorismo suicida. La autora muestra que aunque no hay nada inherentemente violento en las enseñanzas coránicas, que además al igual que otras religiones rechazan el suicidio, el tipo del martirio ofensivo constituye, en el contexto regional de la situación política y cultural concreta, un juego cuyas reglas tienen sentido y anclaje de significación a los ojos de la audiencia que los legitima. Es interesante cómo allí el mensaje del martirio y terrorismo suicida coexisten, apelando a distintas audiencias y coludiendo de manera irresoluble en forma del ‘choque de las civilizaciones’ (p. 207).

El libro deja planteadas muchas preguntas. Como cualquier estrategia política, el acto del autosacrificio político no garantiza un exitoso cambio de las reglas del juego a favor del prisionero, como demuestra el caso de Vietnam. ¿Cuáles son las demás variables que determinan su éxito o fracaso? ¿Por qué la muerte de algunos cumple con el objetivo y en otros es ‘en vano’? ¿Cuál es el rol de la identidad compartida más allá de la dimensión de la comunidad humana entre los mártires y el público global? Una sugerencia incómoda podría indicar que tenemos que ver con algún tipo de desigualdad y asimetría a nivel internacional de los cuerpos. Parece ser un interesante campo de investigación a futuro. Por otro lado, queda por investigar cómo viaja el mensaje comunicado a través del martirio; cómo trasciende y une a los diversos niveles de análisis, evocando por ejemplo, al modelo explicativo del ‘efecto bumerán’ (Keck y Sikkink, 1998). Además, el autosacrificio, como el fundamento de la diplomacia pública del sufrimiento (p. 228), se ha apoyado considerablemente en los medios de comunicación masiva. Estos se han transformado en un aliado poderoso de los actos políticos cuyo objetivo es movilizar las emociones. Las imágenes del sufrimiento extremo son discursivamente potentes siempre y cuando consigan irrumpir en los esquemas de significación de los públicos con el impacto del choque. Los comunicados mediáticos de hoy están saturados con los cuerpos mutilados que gritan los mensajes diversos creando horrorosamente la cotidianeidad de la muerte y la banalidad del sufrimiento. El espectáculo de morir se vuelve cada vez más sofisticado. ¿Cuál es la dinámica de los medios de comunicación, entre lo cuales se encuentra el cuerpo?

Finalmente, sin restarle mérito alguno a la valiosa y original elaboración teórica de Fierke, hay que recordar que ya existen algunas posibilidades teóricas alternativas para abordar el fenómeno del autosacrificio político. El constructivismo, tan cercano a Fierke, ya ha ampliado notoriamente la conceptualización tradicional de la racionalidad y ha incluido el énfasis en las emociones centrándose en la cultura y las motivaciones humanas (Lebow, 2009), el lenguaje (Risse, 2000), la creación dinámica de los significados

y normas (Kratochwil y Ruggie, 1986; Wheeler, 2000), las ideas (Sikkink, 1993) y valores (Kekke y Sikkink, 1998). Vale la pena tener estos trabajos en cuenta a la hora de seguir explorando futuras vías de investigación que se abren gracias al libro de Fierke.

REFERENCIAS

- Lebow, Richard Ned. 2008. *A Cultural Theory of International Relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Keck, Margaret and Sikkink, Kathryn. 1998. *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca: Cornell University Press.
- Kratochwil, Friedrich, and John Gerard Ruggie (1986). "International Organization: A State of Art on Art of State". *International Organization* 40 (4): 753-75.
- Risse, Thomas. 2000. "Let's Argue: Communicative Action in World Politics". *International Organization* 54 (1): 1-39.
- Sikkink, Kathryn. 1993. "The Power of Principled Ideas: Human Rights Policies in the United States and Western Europe". En *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions, and Political Change*, edited by J. Goldstein and R.O. Keohane, 139-170. Ithaca: Cornell University Press.
- Waltz, Kenneth N. 1959. *Man, the State, and War*. New York: Columbia University Press.
- Wheeler, Nicholas J. 2000. *Saving Strangers: Humanitarian Intervention in International Society*. Oxford: Oxford University Press.

Małgorzata Lange es candidata a doctora en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Ciencia Política de la misma casa de estudios y Magíster en Relaciones Internacionales de la Universidad de Łódź, Polonia.
E-mail: alangem@uc.cl.

